

HABITACIÓN SIN VISTA

Lee la carta una y otra vez, ubica unas comas y tildes, limpia con borrador de nata las marcas que dejó al escribir. Algo muy normal en alguien tan meticuloso como Edmundo. Su traje siempre estaba impecable. El polvo de las avenidas y el agua de los charcos en los días lluviosos lo esquivaban. Vuelve por última vez a recorrer con su mirada esa habitación, queriendo congelar en su memoria cada detalle del lugar, antes de firmar promesa de compraventa con el nuevo propietario.

Frente a la puerta una cama rústica tamaño King cubierta por un edredón de doble faz. De un lado es violeta con vetas grises, del otro, solo gris. Al lado izquierdo un pequeño clóset con llave donde guardaban algunas pertenencias personales. Sobre las mesas de noche lámparas de madera, dependiendo del desenfreno, alguna de las luces se apagaba primero. En su mesa de noche también había un pequeño equipo de sonido que se encendía religiosamente todos los jueves desde las siete y hasta las once de la noche para disimular los gemidos de Martina. En el costado izquierdo dormía ella, porque quedaba más cerca del baño. En la repisa solo había un cepillo de dientes, junto al frasco de aceite de flores silvestres que enloquecía a Edmundo cuando ella lo aplicaba para masajear sus senos. Era una habitación sencilla pero muy limpia. No tenía ventanas pues así lo había dispuesto él desde el primer momento. Allí no entraba ni siquiera la luz del día, solo ellos dos, y doña Erminia, quien había guardado su secreto por casi diez años. Ella era la responsable de hacer la limpieza cada miércoles y dejar un ramo de astromelias en la mesita de noche de Martina, buscando darle calidez y vida a la habitación. Edmundo podía con los ojos cerrados dibujar con precisión esa habitación. Pero ahora también las paredes parecían hablarle de tantos encuentros prohibidos, hacían eco las palabras de amor que Martina susurraba en sus momentos íntimos. Con esos recuerdos rondando en su cabeza, dudaba entonces de seguir escribiendo la carta, como había sucedido ya en otras ocasiones. Sin embargo, esa duda se diluía cuando volvía al último encuentro con Martina. Los gritos, los insultos, los golpes y hasta las lágrimas, generadas por los celos enfermizos de Martina. Edmundo ya no le respondía sexualmente como antes y ella le reclamaba vehementemente

que la culpable de que ellos estuvieran tan alejados era su esposa Isabel. Y aunque el sexo que fue en gran parte la razón que lo mantuvo unido a Martina, ya se había vuelto monótono y aburrido. El ya no estaba en los cuarenta libidinosos años cuando conoció a Martina y con ella hizo realidad todas las fantasías que en su hogar, ni siquiera era posible comentarlas con Isabel. Una mujer tan recatada y conservadora.

Es sabido que todo hecho que se repite tan rigurosamente, termina por perder el sentido, era lo que se decía Edmundo al recordar los encuentros sostenidos con Martina durante tanto tiempo, cada jueves; encuentros que habían terminado por convertirse en una obligación. Es cierto que Martina despertaba en él sentimientos distintos a la lujuria, pero reconocía que eran solo de cariño, un cariño casi fraternal, como de hermanos que guardan en secreto alguna picardía. Martina en cambio, demostraba su amor incondicional hacia él, tanto como para haber intentado separarse de Vicente, su esposo, varias veces. Por ello precisamente, no soportaba que Edmundo no estuviera dispuesto a hacer lo mismo con Isabel.

“No entiendo, Martina, cómo es posible que ahora, después de tanto tiempo, tengas celos de mi esposa. Desde el comienzo de esta relación fui claro en que no iba a separarme. Yo quiero a Isabel. Tenemos una hija. Y bueno, tu situación con Vicente y tu hijo la creía similar, ambos tuvimos siempre la idea de que la familia era lo más importante. No sé ahora porque tú estás dando otro rumbo a nuestra historia. Entiende que nuestro vínculo está basado en encuentros, el fondo de esta relación es otro muy diferente al de formar una familia. En fin, creo que sabes a que me refiero, pero... desde hace un tiempo siento que me presionas y esperas de mí algo que no te puedo dar. Es posible que tengas algo de razón y estos años juntos haya creado entre los dos una especie de relación que crees tiene un destino trazado. Entiende que no estás dispuesta a vivir solo un día a la semana conmigo, pero no concibo que te hierva la sangre imaginando mi vida íntima con Isabel. ¿Dónde quedó el pacto que hicimos de respetar nuestras vidas familiares?”

Edmundo al terminar este párrafo, dejar de escribir. Coloca la tapa al bolígrafo, lo introduce en el bolsillo de su camisa y mirando el papel sobre la mesa, lleva sus manos a la cabeza con una actitud de desespero. Sabe que esta vez debe terminar la carta y no darle más largas a una relación que se le ha vuelto una tortura.

En varias ocasiones, con más frecuencia en el último año, Edmundo había planeado alejarse de Martina, aun intuyendo el dolor que eso suponía para ella, pero con la seguridad de que era mejor para los dos y sus familias. Había empezado a escribir la misma carta un par de ocasiones en el café situado en la esquina de su oficina. Sentado en la mesa que daba al patio del lugar y mientras divisaba las sombras de los cerezos a través de la persiana, pensaba en la mala costumbre que tenían con Martina de despedirse demasiado. Eso que en algún momento le daba la seguridad de seguirla teniendo a pesar de sus diferencias, hoy lo llenaba de incertidumbre. Si terminaba esa relación, quizás sería algo pasajero, porque su desapego era sistemático, como las olas del mar que siempre vuelven a la orilla de la playa.

Esa tarde de octubre decidió terminar la carta en la habitación sin vista, donde nada lograra distraerle, ni los cerezos meciéndose tras la ventana, la mesera preguntando si quería ordenar algo más o la llegada intempestiva de alguno de sus compañeros de trabajo. Ahí, rodeado de esas paredes, en un día más sombrío que los anteriores, solo buscaba aferrarse al recuerdo casi fantasmal de los malos momentos vividos con Martina. Entonces tuvo valor para escribir y escribir por espacio de casi una hora, hasta que llegó a la última frase. “Adiós para siempre, Edmundo”. Dobló la carta, la introdujo en un sobre y la guardó en el bolsillo de su pantalón. También se despidió de la habitación con la mirada nostálgica de quien no va a volver. Le dio dos vueltas a la cerradura y caminó unos pasos hacia la Avenida *Ipiranga*, para tomar un taxi. Le pidió que lo llevara a la oficina de correos. Cuando apenas había avanzado tres cuadras, sonó su celular. Era su hija Karla. Lo olvidé, pensó Edmundo, antes de que ella, en un tono malcriado le insinuara que por su descuido tendría que faltar otra vez a su clase de danza. Edmundo sabía que esto iba a costarle caro con su hija, quien como en otras ocasiones, lo iba a ignorar hasta que le pidiera perdón por no haberla recogido a tiempo y la complaciera con algún regalito. Con voz afanosa,

Edmundo le pidió al taxista que se desviara, tomando el puente *Tres de Maio* hacia el distrito de *Jardins* y lo dejara en la esquina del hotel *Tivoli*, al lado de su casa.

En el camino volvió a leer algunos apartes de la carta.

“Yo te quiero Martina, de eso no tengo la menor duda y te seguiré queriendo, pero es necesario que nos dejemos descansar de esta relación por un tiempo, no sé cuánto, el tiempo que nos permita entender y aceptar que en esta vida no podremos estar juntos como pareja sino como buenos amigos, los que fuimos alguna vez antes de que esa amistad se volviera una relación intensa pero tormentosa e invivible. Dejémosla ir, porque ahora nos tienen atrapados y somos esclavos de ella; quiero dejar las mentiras a un lado porque me envenenan el alma y ya es justo rehacer los pedazos de corazón que están extraviados en los cuerpos, armar de nuevo el rompecabezas de nuestra vida que ha quedado totalmente desacoplada en estos años de paralelismo.”

Se sintió falso, ni él mismo se creyó esa historia de darse un tiempo o la de armar el rompecabezas de su vida. En realidad, su vida nunca estuvo desacoplada y siempre fue capaz de manejar hábilmente las mentiras con Isabel. Jamás se generó en él algún sentimiento de culpa. Sin embargo, esa era la forma socialmente correcta de comunicarle a Martina su decisión de dejarla después de tantos años y que ella no se sintiera tan herida.

Aunque estuvo concentrado en la carta todo el camino, en un instante y como si algo le alarmara divisó la fachada del hotel y le pidió al taxista que frenara en la esquina. Solo en ese momento fue consciente de la bomba que llevaba entre sus manos. Ni siquiera tuvo tiempo de planear como iba a hacer para desaparecerla antes de entrar a su casa. Su corazón comenzó a latir más a prisa. Por un lado estaba su hija esperándolo y por el otro tenía una carta a manera de confesión que por nada del mundo podía llegar al destinatario equivocado. Sin embargo, como sucede siempre en los momentos de máxima tensión, algo lo impulsaba a conservar la carta, aun sabiendo que al entrar a su casa podría toparse con su

esposa. Una voz tenue le hablaba desde adentro diciéndole que esta era la mejor forma de ser descubierto, al fin y al cabo, en esa carta estaba dejando a Martina porque para él su hogar era lo más importante. ¡Qué mejor manera de lograr la absolución! La guardó en el bolsillo de su saco y pagó la carrera.

Entró a su casa sin hacer mucho ruido, como si a esa hora de la tarde nadie estuviera merodeando por ahí y más aun, no lo estuvieran esperando. Tomó el pasillo al fondo directo al estudio para guardar la carta en su caja fuerte. La sacó y cuando estaba marcando la clave, un sonido fuerte y a la vez amoroso le impidió continuar con su tarea.

— Y tú, qué haces a esta hora acá... no debieras estar en...

— Si –interrumpió Edmundo con voz nerviosa- dejando a Karla en su clase.

— Es que lo olvidé y vamos muy tarde. Replicó rápidamente Edmundo, como queriendo distraer a Isabel

— Karla —gritó con fuerza Isabel— tú papá ya llegó.

La carta se derretía en su mano sudorosa como un helado en un medio día de verano. Edmundo no podía moverse. Estaba pálido.

— ¿Edmundo qué te pasa? ¿Parece que hubieras visto un fantasma? —dice Isabel.

El no era capaz de musitar palabra alguna. ¿Qué puede decir alguien que está a punto de ser descubierto?. Edmundo, con sus fuerzas quebrantadas, como si en el fondo ya no le importara nada, se acercó a su mujer, le tomó la mano, se arrodilló, y bajó la cabeza.

— ¿Pero hombre, qué es lo que te pasa? ¿Se murió alguien?

— No, Isabel, no. –responde Edmundo-

— ¿Te han despedido del trabajo? –insiste Isabel-

Finalmente Edmundo le entregó la carta a Isabel. Ella tomó el sobre, sacó y desdobló la carta. Los minutos de silencio se eternizaron, mientras sus ojos se paseaban por las letras de Edmundo.

Karla, desde el vano de la puerta, presencia la inusual escena. A sus once años, era la primera vez que percibía tensión entre sus padres, a pesar de la aparente tranquilidad y el silencio del momento, a pesar de que siempre los había visto como buenos compañeros, amantes. Algo estaba sucediendo esa tarde. – Será por eso que se demoró mi papá? Pensó Karla y se resignó a perder su clase de danza.

Sobre ese papel que Edmundo había procurado mantener casi immaculado, se derrumbó en humedad Isabel. Al terminar, dobló la carta y la puso sobre el escritorio bajo un mapamundi de acero inoxidable. Se restregó los ojos con ambas manos, como quien se despereza luego de despertarse de un largo sueño. Intentó levantar a Edmundo del suelo con ambas manos y con un gesto de indiferencia, totalmente inesperado por él le preguntó.

— ¿Este es el secreto?.

Edmundo casi no podía incorporarse.

— Ya lo sabía - replica Isabel-

Es cierto, nuestra vida sexual nunca fue la mejor, pero tampoco me hizo falta que fuera más activa o lujuriosa, soy una mujer que no necesita del sexo tan a menudo y no es porque sea frígida, porque cuando lo hacíamos.... Bueno, tú sabes, simplemente no necesite más que esos momentos que me diste... en cambio tú... veo que si necesitaste mas de otros momentos.

Callado y con la mirada perdida se sentó en el sillón, como si algo dentro de él hubiera muerto. Mejor, como si él mismo estuviera muerto.

— ¿Y entonces? — dijo por fin Edmundo, como esperando el castigo.

— Y entonces, - completa Isabel- sé que tú la quieres dejar. Eso es todo.